



Retiro Mensual/ Noviembre 2017  
REFLEXIÓN PERSONAL

¡Ya llegamos al mes de noviembre! ¡Penúltimo del año! Un mes que nos invita a retomar con nuevo dinamismo el camino de santidad. Ofrecemos dos reflexiones sobre la santidad, la primera tomada de una meditación de los Sacerdotes del Corazón de Jesús y la segunda sobre la santidad de Madre Mazzarello, nuestro modelo de FMA, por Anselm Grün.



## Todos (los) santos

En noviembre hacemos memoria de la estupenda compañía de los santos, el innumerable grupo de hermanos y hermanas que han vivido en plenitud su días en este mundo y han entrado en el misterio de la vida eterna y en la comunión con Dios.

Los santos no son personajes extraordinarios e inimitables, sino estrellas en el firmamento de Dios que nos ofrecen el consuelo de la única orientación necesaria para entrar y salir de la “gran tribulación” (Ap. 7, 14) de este mundo: vivir todo en Cristo.

El vidente de Patmos – autor del libro del Apocalipsis - afirma que los santos, en efecto, no son pocos, más bien “una multitud inmensa, que ninguno podía contar, de toda nación, tribu, pueblo y lengua” (7,9). Mientras nosotros nos quedamos frecuentemente en el límite de la debilidad y del pecado, a los ojos de Dios lo que merece resaltarse es todo lo bueno, lo bello y lo verdadero que madura silenciosamente en el santuario de nuestra humanidad creada a su imagen y semejanza, de modo libre y gratuito.

Para esto, en el majestuoso escenario celeste del Apocalipsis, no existe un espacio para ningún individualismo, porque “todos estaban de pie, delante del trono y del Cordero” (7,9) y cantaban, gritaban con voz potente: “¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!” (7,10). Ninguno se vanagloriaba de sí mismo, de los propios méritos o de las metas logradas, sino que cada uno se refiere a la propia salvación únicamente dándole el mérito a aquel Dios que se ha donado y revelado en el trono de la cruz.

Los santos no son las personas exitosas e inalterables, merecedoras de recompensas y puestos de honor por cuanto han sabido hacer en su vida. Al contrario, aparecen como aquellos que, al final de sus días, están totalmente persuadidos que la vida es el don incondicionado que Dios hace al hombre frágil y pecador.

“Uno de los ancianos” (7,13) describe propiamente así esta inmensa multitud: “Estos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero” (7,14). Tomando prestadas las palabras del apóstol Juan, podríamos decir que los santos son las personas que han comprendido “qué amor nos ha tenido el Padre” (1Jn 3, 1) hasta experimentar como este ofrecimiento de gracia – abundante e incondicionada – pueda hacernos capaces no solo de sentirnos sino también de “ser llamados hijos de Dios” (3,1). Aún “aquello que seremos todavía no se ha revelado” (3,2), porque nos transformamos en personas libres y dentro de un camino hacia la eternidad, lleno de obstáculos y de contradicción. Por tanto, nuestra condición de santidad debe entenderse como una pequeña semilla que se debe defender y hacer crecer, a través del ejercicio de nuestra responsabilidad.

De aquí, entonces, las Bienaventuranzas (Mt 5,1-12), que nos arrancan del triste engaño de pensar que tocamos el cielo con un dedo – que para ser felices – es necesario ocupar un prestigioso rol social, conquistar gratificaciones y reconocimientos a través de los instrumentos de la posesión y del poder. “Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (5,3): las bienaventuranzas proclaman que el camino hacia una vida plena no está fuera, sino precisamente dentro de nosotros; nos aseguran que no es verdad que estemos todos destinados a la felicidad, sino más bien todo lo contrario: la felicidad está destinada a nosotros, desde siempre, desde Dios nuestro Padre.

La clave de la alegría auténtica no está en la cima de nuestros deseos frustrados, sino en el fondo de la conciencia de aquello que somos. Las bienaventuranzas son la invitación a acoger aquello que somos – y aquello que estamos siendo – con gratitud, rechazando la ilusión de que la vida pueda expresar lo mejor solo a través de llegar y alcanzar algo externo y extraño a nosotros mismos.

La realidad, así como es, con sus carencias y sus imprevistos, puede siempre convertirse en un lugar y en un modo de felicidad, en la medida en la cual no nos cansemos de blanquear el tejido de nuestra historia aprovechando cada consuelo y acto de confianza de la misericordia del Señor: “Todo el que tiene esperanza en él, se purifica a sí mismo, como él es puro” (1Jn 3,3).



## Hacerse santos Madre Mazzarello



**Por Anselm Grün**

Meta del camino espiritual es para María el hacerse santas. Ella exhorta con frecuencia a las hermanas a hacerse santas: "A nosotras religiosas, no nos basta con salvar el alma, debemos hacernos santas y santificar con nuestras buenas obras a tantas almas que esperan que les ayudemos." (C 18,3). Hacerse santas no es por tanto un egocéntrico girar alrededor de uno mismo, sino un servicio a los otros. Para los griegos, sólo lo que es santo puede curar.

Hacerse santos quiere decir en primer lugar ser íntegros, poner todo lo que hay en nosotros a la luz de Dios y por Dios dejarlo transformar y sanar.

Santo es el que está enterrado al dominio de este mundo. Hacerse santo quiere decir por tanto custodiar y proteger en este mundo lo que es santo. Cada persona tiene en sí un espacio santo, el espacio del silencio en el que habita Dios. Este espacio está enterrado al dominio de este mundo. Si los religiosos protegen este espacio íntimo del Santo en sí mismo, entonces hacen el mundo más luminoso y más sano. De este santuario íntimo en su corazón puede surgir alguna cosa saludable para quien nos rodea.

María escribe que nosotras debemos hacer santas a otras almas. Si custodiamos el Santo en nosotras podemos abrir también a otras personas el acceso a su santuario íntimo. Y con esto les hacemos un servicio importante para su plena humanización. Porque cada ser se hace sano y verdadero si descubre el Santo que lo habita. Contribuir a hacerse santo quiere decir también que si las personas establecen una relación con Dios Santo y que así se hace familiar. Hacerle santas quiere decir llenarlas con el espíritu del Dios Santo.

Es Dios quien santifica. Pero María reconoce también nuestro deber en esto, es decir el compromiso de santificarnos a nosotros mismos y a los otros.

Debemos dejar obrar al Espíritu de Dios en nosotros. Por nuestro medio el Espíritu de Dios que sana y santifica, se vuelve también sobre los otros y les santifica.

## **Nostalgia del Paraíso**

---

Muchas veces en las cartas de María habla del Paraíso. Cuando se refiere a la muerte de una hermana, dice brevemente que ahora está en el Paraíso. Y alguna vez experimenta un poco de envidia que una hermana haya logrado ya llegar al Cielo. Paraíso significa para la Madre estar junto a Jesús y estar bien. En una carta escribe: "Me dices en tu carta que has visto muchas cosas bonitas en Roma, pero, mi buena sor Virginia, en el Cielo veremos cosas aún más hermosas. ¡Ánimo, esta vida es breve, procuremos ahora adquirir tesoros para el Cielo!" (C 34, 2)

El fin de la vida para María es llegar al Paraíso. En las cartas expresa claramente que no tiene miedo de la muerte, más bien dice que ella algunas veces desearía ya estar con las hermanas en el Paraíso. Y a las misioneras lejanas escribe que probablemente no será posible que se puedan encontrar aquí en este mundo. La lejanía es muy grande. Ciertamente nos veremos en el paraíso.

A las hermanas recomienda prepararse bien a la muerte: "Debemos estar siempre preparadas, con las cuentas en regla, así la muerte no nos dará miedo" (C 33,3). También de la muerte escribe en tono confidencial y de humor. Ella no tiene miedo, sino más bien confianza con la muerte: "Mis queridas hijas, como veis, ¡de vez en cuando (viene) Doña muerte a hacernos una visita! (C 55,4)

De dos hermanas muy graves escribe: "Parece que la muerte se acerca para hacerles una caricia, pero las pobrecitas no quieren saber nada de esto" (C 55,3). La muerte tiene por tanto alguna cosa de afectuosa: acaricia a los moribundos. No viene como un monstruo terrible, sino como una mujer que nos trae un saludo de Dios. En estas palabras aparece claro que María integra la muerte en su vida, que el pensamiento de la muerte no le da miedo, sino que le invita a vivir consciente e intensamente.

## **El mensaje de la Santa para nosotros hoy**

---

María Mazzarello no ha dejado una enseñanza sobre la cual se pudiese discutir doctamente. Sin embargo desde sus cartas se transparenta una espiritualidad que hoy tiene algo que decirnos. Es una espiritualidad sencilla que habita en una persona que se ha hecho sencilla y clara a través del encuentro con Jesús.

Aparece en las cartas de Santa María Mazzarello un gran amor por Dios, por Jesús, por la Virgen María y por los otros. Este amor lo han percibido las hermanas; por ello han tenido gran confianza en ella.

Hoy corremos el riesgo de escribir e indagar doctamente sobre la espiritualidad. La espiritualidad de María es espiritualidad vivida. Y es sencilla porque surge de un corazón sencillo.

Ya la mística griega escribió sobre la sencillez del corazón. El corazón sencillo se hace uno con Dios. Y porque se hace uno, conoce sólo al uno: Dios, el verdadero fundamento de la vida. El corazón sencillo no tiene segundas intenciones: no quiere infundir respeto, no entiende servirse de Dios, sino que se entrega totalmente a Él.

Jesús habla del ojo sencillo y puro: "Si tu ojo está sano -haplous significa sencillo, limpio, - todo tu cuerpo estará iluminado" (Lc 11,34). El ojo sencillo ve las cosas como son, no mezcla las propias proyecciones al considerar la realidad. Ve sobre todo en la luz de Dios.

Para los Padres griegos la sencillez es la característica de una persona que ha experimentado a Dios, que a través de Dios se ha unificado en sí misma y con todo lo que hay en ella. Sencillez quiere decir que todo en mí está elevado a la comunión con Dios.

María no habla de teología mística. Pero la sencillez del corazón demuestra que ella ha experimentado a Dios y que nada de esto que es humano le es extraño.

Por eso puede hablar con amabilidad de las debilidades humanas, sin indignarse. Su espiritualidad no tiene el tono moralizante de quien condena la inobservancia de los mandamientos. Para María todo es natural: el amor de Dios, pero también las debilidades humanas. Si ella a menudo exhorta a las hermanas a superar las fantasías negativas es para cultivar también en los otros la sencillez del corazón.

Quien en su corazón y en su mirada es sencillo, con frecuencia ve a las personas en su verdadero ser. A través de la envoltura de los defectos psicológicos, ella sabe ver claro en el fondo del alma, cual es en cada una el deseo de bien.

La sencillez del corazón se capta en María también en el hecho de que ella busca sólo una cosa: amar a Jesús, gozar de su amor y hacer felices a aquellos que le son confiados.

Ella pudo expresar esta sencillez también con la palabra santidad. Sencillez y santidad van unidas. Santo es aquel que es sano e íntegro. Sencillo es el que es uno con Dios y consigo mismo.

A la sencillez pertenece la pureza del corazón, la cual para los monjes antiguos era el fin de la vida espiritual y de la libertad interior. Pureza de corazón es, para Juan Cassiano, amor, un amor que no se mezcla con pretensiones posesivas y deseos infantiles. Quien ha llegado a la pureza del corazón está libre de todos los cálculos y las proyecciones. No se valora en proporción del afecto o del rechazo de los otros, ni siquiera de la medida de los éxitos o fracasos. Se considera y se valora solamente a partir de Dios.

Leyendo las cartas de María Mazzarello, el mensaje más importante para mí es este: "¡Hazte sencilla! ¡Confía en el amor! No es tan complicado como tú piensas. ¡Ama simplemente y está alegre"!". La espiritualidad de María está libre de complicadas especulaciones. Es pura, libre de la mentalidad moralista y mezquina, que en el Ochocientos estaba tan difundida en el ámbito eclesiástico. Ella respira amplitud, alegría, sencillez y claridad.

En nuestro mundo complicado, el mensaje que hoy la Santa nos regala, para mí es este: Trata de elevar tu corazón y todo lo que hay en él, a la comunión con Dios. Verás como todo se hace sencillo y claro, como tú serás uno contigo mismo y con los otros. Si tu corazón se esclarece, se llenará de una alegría, que ninguna contrariedad de la vida podrá molestar, porque tiene su fuente en el amor de Dios.

No debes tener miedo de tus zonas de sombra, de tus defectos y de tus debilidades. También estas están inmersas en Dios. Por la fuerza de esta unión podrás cumplir con sencillez tu servicio y conducir a quien se te acerca a su verdadero ser, a su íntima unificación".

